



Prólogo

Vivir en la oscuridad

La oscuridad, su eterna compañera. Al principio abrumadoramente opaca, luego, con el tiempo, cuando pudo aprender que no era tan homogénea comenzó a distinguir sus matices, sus diferentes tonos cuando algún despistado haz de luz del exterior se colaba por alguna rendija o alguna puerta mal cerrada. Aunque rápidamente era engullida por su voraz apetito una maravillosa paleta de grises se abría fugazmente ante él inundando su cerebro con su belleza sobrecogedora, alimentando una esperanza aletargada... no muerta, sino aletargada, porque Lorimer eligió mucho tiempo atrás que iba a sobrevivir costara lo que costara. Sí, esa fue su elección, tomada años atrás en los húmedos bosques de Germania cuando un hosco oficial romano le pinchaba el gástrico con la punta de su espada dispuesto a todo con tal de poder satisfacer su ambición. ¿Por qué no iba a hacer él lo mismo? ¿cuál era su ambición?

Una voz le susurró ladina dentro de su cabeza, sólo existía en su interior porque sabía de sobra que se encontraba solo dentro de su celda. Pero en su mente... alguien o algo había nacido dentro de ella, crecía cebándose con su odio y su frustración porque a fin de cuentas no había nadie más con quién compartirlos, así que se entretenía en aquellas soledades hablando con él o ello, a veces discutían, a veces bromeaban. Siempre estaba con él, igual que la oscuridad...

—Ya, ya... aparte de mis lujuriosas fantasías, de momento inalcanzables, sólo quedamos nosotros...

Sólo nos queda sobrevivir. Terminó la frase en silencio al recordar que era inútil pronunciar sus pensamientos en voz alta, era mejor ocultarlos, compartirlos únicamente con su fiel y único amigo. Ambición, no, no fue eso lo que impulsó entonces a Gayo. Tantas horas en soledad le dieron mucho tiempo para pensar y ahora podía ver las cosas con otra perspectiva. Fue el amor por aquella mujer...

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, lo paralizó preso por una ecléctica mezcla de glacial terror y amarga inquina aderezados por una pizca de agridulce lujuria.

Tuvo que hacer un auténtico esfuerzo por sobreponerse y contener su agitada respiración, pero era tan difícil... la imagen Claudia lo ocupaba todo ahora y por más que volvía la cabeza de un lado para otro ella seguía allí, mirándole desafiante, amenazadora... tenía marcado a fuego en su cerebro el recuerdo de su última visita en aquella misma prisión. Entonces cerró los ojos pensando que había llegado su fin, pero este no llegó. Sólo lo hizo una amenaza, una advertencia... mostrando sus afiladas garras le obligó a escoger entre dos únicas opciones:

La oscuridad de la muerte o vivir siempre en la oscuridad.

No debía hablar con los romanos del Elixir ni de la Tierra Sagrada, ni del Guardián de las Bestias... la decisión fue fácil, rápida entonces. *Sobrevivir*. Claudia asintió algo decepcionada, hubiera preferido que Lorimer fuera más valiente pero así era él y así fue como le conoció, encogido y tembloroso en el hueco de un árbol. No completamente satisfecha pero con la misión cumplida le dejó de nuevo solo, en la oscuridad... su sempiterna compañera de mil caras: la cálida de la celda en Capri, la salobre y agitada de la bodega de un barco, la traqueteante de un carromato y por fin, la húmeda y cavernosa de su nuevo hogar.

Aquella decisión antes fácil a veces se hacía insoportable, tanto que en ocasiones llegaba a tomarse en serio acabar con su vida. Entonces apareció él, su otro yo, su inseparable amigo infundiéndole ánimo y alimentando su esperanza con una casi enfermiza obsesión, una idea que ahora le parecía tan lejana...

Venganza.

Un ruido metálico resonó quejumbroso por toda la caverna interrumpiendo el soliloquio de sus pensamientos. Debía ser la hora del rancho... ansioso se arrastró hacia los ásperos barrotes, no quería perderse el estallido de rojizos y anaranjados colores que se reflejaban danzarines por los confines del enorme subterráneo cuando la antorcha de su carcelero bajaba por unas empinadas escaleras nacidas mucho más arriba en un algún misterioso lugar.

Sorprendido pudo comprobar que era más de una antorcha la que estaba invadiendo su hogar, la luz era fuerte, tan intensa que tuvo que cerrar los ojos porque se hacía casi insoportable. Su oído reconoció enseguida la voz del oficial que le descubrió en Capri y preso por gruesas cadenas le trajo hasta aquí. La otra era nueva para él, pero por su tono pudo adivinar que guardaba una superioridad aplastante sobre su captor.

— Espero que esta visita valga la pena Germánico, no estoy para distracciones — dijo la voz al mando.

— Te aseguro que lo que vas a ver te va a sorprender... recuerda lo que te comenté sobre los tejemanejes de Tiberio y...

— ¿Otra vez con eso? —le interrumpió bruscamente— no me puedo creer que Tiberio confabulara para masacrar a tres de mis legiones, no, no hables... voy a ver lo que me tienes que enseñar por el respeto que te tengo Germánico, no lo estropees con palabras inútiles.

Las voces callaron. Cuando el sonido de sus pisadas cesaron y Lorimer sintió la calidez de las llamas en su rostro supo que los recién llegados permanecían de pie delante de él. El desdichado elfo entreabrió los ojos y parpadeó confuso hasta que pudo habituarse a la reciente luminosidad. Dos figuras le observaban, una desde luego era Germánico, siempre tan apuesto y juvenil, la otra, vestida con una larga toga era la de un hombre entrado ya en años, de poblado pelo canoso, de aspecto autoritario, venerable, que a pesar de su avanzada edad demostraba una poderosa fuerza de voluntad interior.

— Lorimer, saluda a tu emperador Octavio ¡levántate! —le ordenó Germánico.

Entre temblores el elfo se alzó lastimero y pesaroso dañándose las manos al tener que ayudarse con los herrumbrosos barrotos.

— Este es un elfo, un ser procedente de tierras desconocidas —le presentó ufano.

— ¿Y qué más? —preguntó Octavio mientras examinaba a tan curioso personaje.

— Nada más, no hemos podido sonsacarle nada más... —contestó algo menos alegre Germánico.

— ¿Y para esto me traes? —protestó Octavio— sé que estás celoso de Tiberio, que crees que tú —le apuntó con el dedo enojado— tú, deberías ser mi sucesor —sacudió su cabeza apesadumbrado— A veces pienso que serías capaz de hacer cualquier cosa con tal de difamarle.

Germánico agachó la cabeza frustrado y dolorido porque no se atrevía a contestar a quién adoraba con toda su alma. Pero él sabía que Tiberio no era trigo limpio, que era ambicioso y cruel. Octavio al observar la turbación que sus palabras causaron en el nieto de su hermana suspiró y relajó su semblante.

— Hijo mío, tú eres uno de los mejores generales que he podido conocer... ¿de veras quieres ser emperador? ¿cambiar la libertad del campo de batalla, la fidelidad de tus

legionarios por la soledad y la paranoia de las amargas intrigas de Roma? Tú no lo ves, pero Tiberio es quien tiene los dones adecuados para soportar el agobiante peso de la corona de laurel.

— Temo por tu seguridad... —murmuró cabizbajo Germánico.

Octavio sonrió paternal, seguía siendo aquel chaval que conoció tiempo atrás y que tanto le encandiló. Le dio una palmada en el hombro y se volvió dispuesto a irse. Antes de hacerlo se detuvo un momento para observar de nuevo al extraño personaje que apenas conseguía sostenerse en pie delante de él.

— Germánico, devuélveme las Águilas perdidas por Varo, eso es lo que más me importa ahora... quiero que le dediques todo tu tiempo a eso, ¿entiendes?

Comenzó a caminar de nuevo hacia las escaleras llevándose consigo la luz que el desdichado elfo añoraría durante meses. Durante el ascenso por las empinadas escaleras el emperador al no recibir respuesta por parte de Germánico añadió.

— Si durante tu campaña en Germania descubres algo, házmelo saber.

Con esa frase resonando en la cabeza de Lorimer los visitantes abandonaron su hogar llevándose consigo el cadencioso ruido de sus pisadas, de sus calladas cavilaciones y los reflejos caprichosamente anaranjados y rojizos que poco antes revoloteaban traviesos por los rincones de su caverna. Ella volvió, la oscuridad, envolviéndole de nuevo con su agobiante abrazo.

Lorimer sonrió, su dentadura brilló fantasmagórica en medio de ningún lugar. Recuperó su compostura abandonando el fingido aspecto lastimoso del que tanto disfrutaban sus carceleros. Decidido encaminó sus pasos hacia un rincón de su celda, palpó la pared hacia abajo hasta que su mano quedó suspendida en el vacío, donde antes había opresora roca ahora crecía un esperanzador agujero. Se agachó y a gatas avanzó por su interior hasta que unos pocos metros más allá su mano dio de nuevo con la dura piedra. Tanteó el suelo, allí estaba, su herramienta, y paciente, concienzudamente comenzó a arañar la pared mientras pequeñas chispas iluminaban su rostro sonriente.

Diminutas esquirlas de roca saltaban con cada impacto, con cada movimiento de su brazo, incansable, alimentado por un febril deseo de venganza.



Estaba mareada, agotada por el reciente esfuerzo. Copiosas gotas de sudor regaban su enrojecido rostro, donde unos dientes aún apretados se negaban a separarse y dejar que su dueña se relajara aguardando temerosos un dolor que ya no volvería porque no había razón para ello. De nuevo el chirriante murmullo de las chicharras resonó estridente en sus oídos, sorda como estuvo antes por su último grito. Era verano, el calor era casi insoportable y si por un momento te distraías y dejabas de pensar en el agobio de su implacable tormento ya estaban aquellos incansables insectos para recordártelo.

Claudia estiró su cuello ansiosa por alcanzar la ligera brisa que se colaba por el ventanuco de la pared, pesadamente cálida, densamente resinosa por las heridas abiertas de los pinos, pero reconfortante después del infierno por el que acababa de pasar. Miró al techo, aquel trozo de basta escayola que meses atrás había sido la pantalla donde dejaba fluir su imaginación y así poder evadirse mentalmente de la que entonces fue su prisión. Aún podía distinguir las nubes, el barco de blancas velas cabalgando sobre la espuma del mar... lloró, no de rabia ni frustración, sino de felicidad porque su hijo acababa de nacer. Sí, eligió aquella habitación para dar a luz porque de alguna manera ella también había renacido allí y quería tener eso en común con su retoño... *¡mi retoño!*, de pronto se percató de su ausencia, de no sentir su cálido peso sobre sus brazos.

— ¡Mi hijo! ¿dónde está mi hijo?

Preguntó Claudia sentándose bruscamente, pero una dolorosa punzada de dolor en su abdomen fue más fuerte que su voluntad, derrotándola, obligándola a tumbarse de nuevo. Cerró los ojos frustrada, con la respiración agitada más gotas de sudor perlaron de nuevo su piel. Entonces sintió cómo una suave mano le acarició el rostro. Abrió los ojos y una bella muchacha morena de ojos dulces como la miel apareció ante ella consolándola amable y sonriente.

— Le están limpiado, no te preocupes, pronto le podrás ver...

La joven se volvió al sentir que alguien entraba en la habitación, sonrió de nuevo dirigiéndose hacia Claudia.

— Ya está aquí, ¡oh, es tan bonito!

Exclamó la muchacha desapareciendo de su campo visual. Claudia miró hacia abajo intentando alcanzar a ver la entrada pero sólo las sábanas hechas jirones aparecieron acusadoras, recordándole despiadadas quién o qué era ella. Un miedo irracional se apoderó de su corazón al temer que la bella esclava trajera entre sus brazos a un ser monstruoso tal como era ella misma. Pronto ese pánico, la negra nube de puro terror se

desvaneció deshilachada por la luz radiante de la muchacha que llevaba consigo al ser más maravilloso que jamás hubiera podido imaginar.

— Es... es precioso...

Claudia lloró emocionada viéndole mientras le recibía sobre su pecho, su cara redonda, sus bracitos, sus pequeños pies, su dulce olor... unas sonoras pisadas le interrumpieron de su ensimismamiento. Apareció el rostro preocupado de su amado Gayo pero pronto se relajó en una amplia sonrisa al ver a su pequeño. Claudia le miró con los ojos enturbiados por la felicidad.

— Es nuestro hijo, Gayo —le dijo Claudia ofreciendo generosa el fruto de tantos esfuerzos.

— Sí, mi amor, es tan... —contestó su marido.

Su cara por un momento se tornó seria, petrificando en una absurda mueca la sonrisa que antes portaba complaciente.

— ¿Qué ocurre mi amor? —le preguntó Claudia preocupada.

Él pronto recuperó su compostura, sonriendo y acariciando tiernamente su rostro.

— Nada, simplemente es perfecto... perfecto —contestó Gayo sin poder despegar la mirada de su hijo recién nacido.